

¡CÓMO ESTÁ LA FE!, VER PARA CREER

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

¡Cómo está, lo de "la fe"!: ver..., para creer

- "Buenos días, padre Francisco. Tenga la bondad de esperar unos minutos, que aviso a su Eminencia de que ya usted está aquí. Él, también le está esperando", dijo el secretario del Obispo momentos antes de que abandonara la sala de espera, y cerró la puerta tras de sí para ir a comunicarle de su presencia a aquél.

El padre Francisco se quedó pensando en el joven de acento hondureño o guatemalteco, muy reverencioso y de hablar casi ininteligible. Luego, siguió observando la sala en la que estaba y que apenas había cambiado en todo el tiempo en que conocía aquella casa.

La puerta se abrió de golpe y el obispo, un hombre alto y como de unos 65 años, entró enérgico a saludar a su visitante.

- "Hombre, Paco, qué gusto saludarte otra vez. Mira, ¿ves?, ya se me pega el hablar de mi personal. Como son todos de Centroamérica...", y sonrió al decirlo. "De los nuestros, ya vamos quedando pocos", terminó.

- "¿De los nuestros..., Ilustrísima?", preguntó el padre Francisco, o Paco, como le decía su Obispo con quien le unía una buena relación, mientras le daba la mano, utilizando el tratamiento oficial con un poco de ironía

- "Sí, hombre, españoles, quiero decir. En nuestro oficio (y sonrió), sí que nos hace falta mano de obra extranjera. Lo malo es que nuestras clientas mayores, no se aclaran mucho con su dicción del español, ¿no?. Y menos guasa con lo de Ilustrísima, que no estamos en el siglo XVIII. A ver si te va a castigar Dios, por reírte de tu Obispo", le contestó.

- "Pues tu secretario te ha tratado de Eminencia. ¿Qué pasa, que te van a subir en el escalafón..., Javier?", siguiendo Paco con la ironía.

Javier Elizondo era Obispo desde hacía ya muchos años. Natural de un pueblecito del norte de Navarra de gran raigambre católica, y el más pequeño de cinco hermanos varones. Así que sus padres pensaron que con su escasa hacienda y poco ganado, que lo mejor era que probara la carrera eclesiástica, ya que sus pobres medios no les permitiría costearle otra carrera, ni el poder vivir de una agricultura y ganadería de mera subsistencia. Así que en 1960, lo ingresaron en el Seminario Menor de Tudela, de donde saldría nombrado sacerdote, para alegría de sus padres.

- "¿Mi secretario...?, ¿Eminencia...? Yo no sé si estas gentes que parecen tan humildes y serviciales, no tienen más guasa que tú y yo, juntos. Está buena la Curia, como para nombrar más Cardenales y, menos, a mí. Ya que acabe mis días de obispo de esta diócesis y no me pidan que vaya a convertir chinitos, como se decía", contestó el Obispo.

- "¿Qué pasa, que lo tratas mal y se venga de ti, así, suavesito?", dijo Paco, imitando fatal el supuesto acento del secretario.

- "Espero que no, ni que él así lo crea. Bueno, Paco..., ¿y qué te trae por aquí, con tanto misterio, que no me lo has querido contar por teléfono. Es algo grave?", siguió.

Paco, miró la sala de espera aquella y volvió la mirada al Obispo, como reprochándole un "¿aquí...?", como un lugar poco apropiado para las confidencias.

- "Vale..., Paco, pasemos a mi despacho y me cuentas", dijo rectificando el anfitrión. Y le mostró el camino hasta esa estancia. Entraron, y el cura, observó la austeridad de los muebles oscuros, como rescatados del siglo XVII; el crucifijo sobre la mesa, con un Cristo blanco marfileño, y varios libros y carpetas ocupando aquella mesa de despacho que no era muy grande. Tras ella, una silla de alto y recto respaldo que parecía buscar más la tortura de quien la usara, que su comodidad. Y sobre la pared, les vigilaba un obispo antiguo, desde su cuarteado retrato al óleo, rodeado de un marco de madera casi negra, ancho, y muy afiligranado.

- "Javier, en este despacho tan tristón te tienes que sentir como un Inquisidor General en la difícil tarea de combatir la herejía. Yo, que tú, me iba a IKEA, y hacía una renovación del mobiliario..., de arriba a abajo. Pero si sacarías más de los anticuarios que se quedaran estos muebles, que lo que te costarían los nuevos...", dijo el cura, acomodándose como pudo en una de las sillas para las visitas.

- "Padre Francisco..., no te pases con tu Obispo, que nos conocemos...", dijo el dueño de todo aquello.

- "Perdón, Ilustrísima, no pretendía ofenderle...", contestó con titubeante sorna, Paco.

- "Paco..., Paco... Bueno, a ver, suelta eso que necesitabas decirme y déjate de sacar faltas a mis cosas. Venga..., cuéntame", zanjó el Obispo para pasar a lo que debía ser lo importante.

- "Que quiero dejar..., esto", contestó el sacerdote.

- "¿Esto..., qué esto?", preguntó el obispo, sorprendido.

- "Sí, esto..., el sacerdocio, seguir de cura contándoles a mis fieles, a los pocos que me quedan, cosas que cada vez veo más absurdas. Que si Dios es bueno, que le reces a la Virgen, que si el Espíritu Santo..., bueno, todas esas cosas en las que ya hace tiempo que dejé de creer", se justificó Paco ante su superior y amigo.

- "Oye... ¿no te habrás enamorado otra vez, y por eso te quieres salir?" y lo miró con picardía Javier, al hacerle la pregunta.

- "Que no, Javier, que no es eso. Además, que sigo enamorado de la misma mujer, que nunca la dejé, aunque me trasladaran de parroquia, sólo que ella, al estar casada, no quiere cambiar el paso porque no está mal con su marido. O sea, que cura, o no cura, lo mío con ella, no va a cambiar y seguiremos con ese amor de catacumba. Pero bueno, que eso no es mi problema, no. Es un problema de fe: tú, Javier..., ¿crees en Dios?. Y no digo lo de tener dudas..., no. Me refiero, a creer en Dios, en Jesucristo, en los ángeles, en el Cielo..., aunque sea... así, imaginándolo como lo representaban los pintores del Renacimiento, muy todo en plan griego y mármoles de Carrara por los suelos del palacio celestial. ¿Tú crees, Javier, de verdad..., crees?", y se quedó mirando a Javier a los ojos, buscando un poco de luz al contradictorio ateísmo que le manifestaba.

El Obispo, se le quedó mirando fijamente a los ojos, apoyada la parte baja de su nariz, en las manos juntas como para oración, y pensando un momento lo que le había preguntado Paco, y lo que le iba a contestar.

- "¡Uffff...!, que si creo en Dios, me preguntas, nada menos". Hizo un corto silencio, necesario para contestar una pregunta compleja. "Pues..., supongo que sí, Paco..., supongo que sí. Si no fuera así, imagino que no seguiría en lo que estoy, aunque tampoco es fácil salirte ahora cuando has dedicado toda tu vida a intentar compaginar la realidad del mundo, con lo que predicamos, ¿eh?. La verdad es que mis dudas son más, no tanto en que si Dios existe o no, sino si existe tal cual lo imaginamos, tal cual lo ofrecemos a los demás para que todos lo entiendan. No sé si me comprendes. Pero..., ¿desde cuándo tienes dudas, o no crees en Él?", terminó el Obispo.

- "Pues no sé, Javier..., esto no es algo que brote de repente, sino un desgaste paulatino de..., tal vez, primero, la imagen que nos hemos creado de Él y luego, pues de su propio concepto. Al principio, me fallaba su humanización, su pelo blanco de anciano eterno, su túnica blanca, su triángulo grapado a la nuca que representa la sabiduría o la Trinidad. Y la contradicción de una eternidad previa a la creación de todo lo que

conocemos, y la que continuará, cuando esto haya acabado, donde estaremos mano sobre mano en el Paraíso, contemplándolo sin que se nos agote la paciencia, ni caer en el hastío. Yo creo que esas metáforas que empleamos para comprender y enseñar semejante entelequia, son las que te descuadran su representación. A partir de ahí, sigue con lo de... ¿qué es en realidad, Dios?". Y el cura, calló, para ver qué le respondía su superior, a lo dicho.

- "¿Y qué más?", preguntó el Obispo.

- "Pues que cuando noté que se tambaleaban mis creencias, me refugié en que lo importante era el mensaje cristiano que intentó, desde el nacimiento de esta filosofía, mejorarnos como personas. Que si ahora ya es mucho pedir..., no te digo nada lo que debió de ser, hace 2.000 años. Supongo que para todos los que sufrían opresión en aquella parte del imperio romano en la que se inició, pues que fue algo que debió de ser muy esperanzador, aunque tuviera que morirse uno para disfrutarlo en la otra vida", continuó el padre Francisco. Y siguió: "Así que, más o menos, a mediados de los 80, fue cuando en mi parroquia, transformado yo en un cura obrero, nos reuníamos con sindicalistas y personas del barrio con inquietudes políticas, para intentar desde dentro de la Iglesia, salir de una vez de la modorra franquista y de los superiores nuestros que se habían criado bajo el amparo mutuo, en los años de la dictadura. Yo, les vendía religión cristiana de tapadillo, y ellos, la liberación en la Tierra, bajo los acordes animosos de La Internacional. Con mi mano derecha me santiguaba todavía con algo de fe religiosa, mientras con la izquierda hecha un puño alzado, me iba entrando el gusanillo de querer mejorar nuestras vidas, pero antes de morirnos..., aunque sin creérmelo demasiado. La verdad es que fue un intento de apostolado con el que no conseguí buenos resultados, y sí tuve la sensación de que me utilizaron para sus reivindicaciones. O yo me dejé utilizar, porque me sentía alguien entre ellos", concluyó su revelación.

- "Y en todos estos años... ¿qué has estado haciendo con tus fieles y con tu fe descafeinada, padre Francisco?", le pregunto su superior.

- "Pues he seguido escenificando liturgias, pases de cálices para arriba y abajo, reparto de cruces en el aire con mis dedos, luciendo vestimentas que han ido perdiendo el oropel, los mismos sermones vacíos en los entierros, viendo las mismas caras de los fieles sumidas en sus propios pensamientos, ajenos a mis mismas palabras en cada sepelio... y que confiaran en que, en el Cielo, todos nos encontraríamos un día. Un dolor intenso en muchas ocasiones de los familiares, que yo he estado envolviendo en una rutina sin sentido. Bodas, bautizos, comuniones... son más llevaderos para mí, contagiado por la alegría de los participantes. Sólo que esta parte de la vida, la de formar una pareja, tener hijos y verlos crecer..., nos la hemos perdido, Javier. Nos la hemos perdido y sin que le vea un sentido a ese sacrificio que no ha beneficiado a nadie. ¿No

has sentido tú, eso, más de una vez, Javier?", le preguntó Paco. Era curioso que, a pesar del descreimiento que confesaba, seguía viendo a su amigo, como su superior al que temía faltar con sus dudas y quien pudiera darle la solución a la vía muerta en que sentía su vida, metida.

El Obispo, callaba y seguía mirándole fijamente a los ojos, esperando que terminara de contarle todo lo que llevaba dentro de sí. Paco, bajó la vista en una sumisión involuntaria y añadió:

- "Nos hemos dejado muchas cosas por vivir, Obispo. Yo, así lo siento y ya estoy muy cerca de los 63 años, con el timón roto y la bolsa de mi vida, vacía. Y cuando cierro la puerta de la Iglesia cada tarde, y me voy al bar a tomar algo con quienes me relaciono, solterones como yo, echo la partida con ellos, me toman el pelo con las mujeres..., y no somos nadie para ellos. Ya no movemos palancas en la sociedad, ya no nos piden favores, porque los curas hemos perdido el sitio que un día tuvimos y el pequeño o gran poder para colocar al hijo de algún misicas que te ayudaba en las cosas de la iglesia, en algún puesto de una empresa porque nos relacionábamos con empresarios; o mediábamos con aquél coronel que venía cada domingo a misa, para que el soldado hijo de alguna señora que se sentaba varias filas más para atrás que la del militar, pues que le buscara un lugar más cómodo en el cuartel. ¡Joder...!, perdón, Javier, pero es la pura realidad: ni somos nada, ni somos nadie. En la India, seríamos de la casta de los intocables a quienes nadie se quiere acercar. Ahora, ni somos precisos, ni nos temen". Terminó, calló y esperó.

- "Tengo un bourbon, regalo de unas Navidades, que se me ha ido envejeciendo más y más, porque tampoco tengo muchas visitas, que digamos. ¿Te apetece un copa, Paco? Es que, contarte mis penas, así en frío, tampoco es fácil", dijo Javier.

- "No suelo beber, pero supongo que será mejor que el DYC ese que me tomo mientras jugamos al mus, por las tardes, con los amigos. Venga, pues: te acepto esa copa". Y vio como su amigo, se dirigía hacia el armario de nogal tristón, casi negro, y sacaba una botella medio llena y dos copas.

- "Ah..., un "Jim Beam", no tiene mala pinta, no...", dijo con algo más de alivio en su alma ahora que lo más importante, ya se lo había contado a su superior. Javier, llenó las copas por encima de la mitad de su capacidad, cerró la botella con la misma parsimonia eclesiástica que se le suponía y le dijo:

- "Pero tú, al menos, sabes lo que es amar y ser amado por una mujer. No es como estar casado pero, pecar así..., no debería ser como para que le condenen a uno al infierno. Yo, debería afearte tu conducta contraria a nuestras normas, como superior tuyo que soy pero, Paco..., haces bien. Yo, como gilipollas que fui, y que soy, me creí lo del celibato y lo he

cumplido muchos años. Y mal que me pesa ahora, que esa privación voluntaria del afecto me haya jodido la vida. Y lo que tú dices: ¿para qué?. En confidencia, te tengo que decir que no he sido muy agudo con las mujeres y, cuando tuve oportunidades, supongo que por el cargo que ocupó, no las aproveché. Yo, creía que era sólo por ser fiel a las creencias pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que no sé cómo se trata a una mujer. Y he tenido miedo a meter la pata con ellas, y también, por qué no decirlo, a que se descubriera una relación continuada con alguna.

Así que las pocas que he tenido, las he tenido que pagar. No es que tenga por eso sentimiento de culpa..., bueno, sí, un poco por ellas, pero ninguna me ha querido y no sé lo que es eso. Es, sentir... el ser importante para alguna de ellas, por uno mismo..., y no por el cargo que ocupas en la sociedad. Como dices tú, ahora ya, ni por eso. Bueno, brindemos... ¿no?". Javier alzó la copa y la chocó contra la de Paco.

- "¿Merecía la pena esta vida, Javier? Aunque no me has contestado a mi pregunta sobre si crees en Dios, o no", le insistió Paco, después de dar un sorbo al bourbon sedoso aquél.

- "No era como nos la habían pintado, ni imaginado... ¿eh? Lo de acabar nuestras vidas, así, limpiando el polvo a las Vírgenes, y a los Santos con esa cara de idos, que era lo que debieron ser en su época. A eso me refiero. Es verdad que somos los que más sabemos sobre el humo teológico y, aunque no tenemos pruebas de nada de lo que vendemos como cierto..., tampoco nos lo pueden desmentir con las suyas. Pero..., y ahora... ¿qué podemos hacer? Yo, seré Obispo, pero mi nómina, seguro que no es más de 300€ que la tuya y cualquier obrero de cualquier empresa, ganará más que nosotros ganamos. Con este porvenir... ¿quién será nuestro relevo para toda esta gente que aún cree que nos necesita para encontrar un sentido al mundo? Ni que fuera obligatorio que tuviera que tener un sentido. Bueno, los de Centroamérica, como Nelson, mi secretario, supongo que siguen creyendo en el fondo y en las formas de todo esto de lo que nosotros estamos renegando ahora, mientras nos confesamos mutuamente. Este bourbon..., ayuda en la confesión, ¿eh?. Deberías de ofrecérselo a las señoras mayores de tu parroquia, Paco, a ver qué te contaban cuando se les soltara la lengua. ¿Te imaginas?", dijo el Obispo, sonriendo.

- "El otro día, con una de esas señoras mayores que tú dices, me quedé dormido en el confesionario. Yo no sé si serían un par de minutos o cuánto, pero cuando abrí los ojos, allí seguía la señora confesándose de que había discutido con su hermana y que le había llamado sinvergüenza, egoísta, ladrona..., y no sé cuántas cosas más, por una mantelería que no le había devuelto. Y que sí, que no estaba bien lo de insultarla así, pero que lo de la mantelería, que no tenía perdón de Dios, porque era un recuerdo de su madre, paz descanse, y que se la había quitado en un descuido". Y, al terminar de contarle esta anécdota, Paco, comenzó a

reírse, fuerte, como si aún faltara el apoteosis final.

- "¿Qué pasa..., por qué te ríes así?", le preguntó Javier.

- "Es que al día siguiente, vino otra vez a confesarse, porque la mantelería no la tenía su hermana, sino que es que la había planchado y la había guardado en otro cajón que no era el habitual. Le concedí el perdón de su pecado por injurias y que, a su vez, le pidiera perdón a su hermana; pero que la señora, que no, que aunque esa vez no tuviera razón, que la hermana era una lobiza que le había hecho muchas, muchas..., antes". Y al acabar con la historia, Paco y Javier, comenzaron a reírse, sin poder parar, imaginándose a las dos, discutiendo por la mantelería. Y así estuvieron un rato, riendo, con los ojos en lágrimas.

- "Yo creo que es el bourbon", dijo Javier, siguiendo con sus carcajadas.

- "Yo también creo que sí. Qué cabrón de "Jim Beam", jolín", y casi no pudo terminar la frase, acordándose de la tozudez de su feligresa.

- "Aayyy..., Javier..., algún momento bueno, también hemos vivido, creo yo. Pero buenos..., buenos..., pocos. La verdad es que en la mayoría de los momentos en que ejerzo como sacerdote... me siento como un comediante. Bueno, es que en mi caso, que no creo en nada de lo que hago..., lo soy. Y más me duele, cuanto más veo que la persona que tengo delante, cree en mí, y en que puedo orientarle en su vida, en sus dudas, en sus errores y en sus pecados. Y según en qué "pecados", más ridículo me siento cuando le digo que no lo vuelva a hacer, que Dios no quiere que haga esas cosas, que si por un momento de placer merece la pena echar a perder la eternidad..., cuando lo que siento que debería decirle es que muy bien, que disfrute de la vida ésta que tenemos, que si es feliz así, él, o ella, y hace feliz a su vez a otra persona, que es él quien hace bien y no, yo, mandándole que rece tres avemarías, para que purgue esos buenos actos de los que disfruta. Envidia es lo que yo tengo, en esos momentos, Javier..., envidia. En fin... y, ahora..., ¿qué hago?", concluyó Paco.

- "Pues, joder, padre Francisco..., que no sé qué decirte, si así te sientes por darles a los demás lo que te piden. Porque, al fin y al cabo, sin entrar en detalles de porqué lo piden, de porqué lo necesitan, la realidad es que hoy en día, es religioso el que quiere serlo. Podrás decir que nos lo enseñaron así y muchos, por las razones que sean, han seguido esa senda y la necesitan como el fumador que cree que sin tabaco, su vida, no tiene sentido. Bueno, quiero decir que hace 500 años, mandaban a la hoguera a los disidentes de la época y eso les dejaba pocas opciones. Pero... ¿y hoy en día...?"

Paco..., estás a punto de cumplir 63 años, si no me equivoco, ganas..., unos 1.000€ al mes; vives en la casa parroquial, así que te llega para

vivir, humildemente, pero te llega. Y tu trabajo apostólico..., tampoco te mata más que de vergüenza, según dices. De acuerdo que cuando sales de tu teatro y te metes entre los ciudadanos de a pie, no puedes ser del todo tú mismo, porque sigues teniendo que llevar la casulla allá por donde te conocen y, si me apuras, hasta por donde crees que no. Y te pasará mientras debas seguir aparentando lo que tú has decidido no ser, sin dejar de serlo.

¿Mi consejo de superior, o de amigo? Pues que este mundo es... como es y que te faltan poco más de 2 años para solicitar el pase a la reserva, con un sitio que te tienen guardado en alguna Casa Sacerdotal, la que te toque como residencia de curas jubilados. Y después de eso... Dios dirá.

Yo, hace años que acomodé mi vida, cuando me pasó como a ti, porque Paco..., es que no eres nada original con esos sentimientos, no te vayas a creer...; pues eso, que me acomodé a una vida cínica y práctica, la que los demás me pedían. ¿Querían un Obispo..., no? Pues yo, les di el Obispo que necesitaban. Si no hubiera sido yo, hubieran puesto otro y, la diferencia, ni se hubiera notado.

Me aprendo unos sermones para las fechas señaladas, me he apuntado a los obispos progresistas que vendemos lo mismo, pero envuelto en papel de estraza, que es como más humilde, en lugar del celofán dorado que se había llevado durante siglos... Recibo a tirios y troyanos que vienen a mi despacho a pedir algo y a todos les cuento que lo estudiaré con suma atención. Yo..., dudo que me crean pero, bueno, ellos también lo intentan con esta tecla de la sociedad que aún creen que soy yo. Y dentro de dos o tres años, cuando algún Nelson de estos del país de mi secretario me sustituya gustoso..., me iré a leer y a matar el tiempo en la residencia donde espero que nos encontremos cuando a ti te llegue también ese momento. Y Dios, si existe y es como lo contamos..., pues Él, seguro que nos entiende, y comprende que mucho más..., no podía esperar de nosotros cuando nos llame ante su presencia para pedirnos cuentas. Es así, Paco..., no le des más vueltas. Y aunque no lo tenga muy claro..., un poco, sí que creo en Él. Supongo..., que porque le he cogido cariño". Acabó Javier, y su rostro se puso serio, rehuyendo la mirada de Paco que la mantenía clavada en él, mientras oía todo lo que le estaba contando.

- "Se llama, Rosa. Me refiero a mi novia", le aclaró Paco, cuando vio que Javier se quedaba un poco desconcertado. "Está casada, como te he dicho y tiene 53 años, 2 hijas y 4 nietos. Es funcionaria del Ayuntamiento, administrativa, y está bien con su marido que es también, vendedor, como nosotros. Por la razón que sea, me quiere y nos vemos de vez en cuando, cuando el marido hace algún viaje largo que lo mantiene fuera de casa, 2 ó 3 días. Yo, también la quiero, esa es la verdad, pero no quiere oír ni hablar de separaciones, por toda la familia que tiene detrás. Y estamos así, juntos, desde hace unos 12 años. Estos amores tardíos

deben de convivir, como pueden, con el no tan lento declinar de nuestra vitalidad como varones, ya me entiendes. De modo que por ahí, tal vez sea mejor que no intente recomponer mi vida.

Así que esta parte de mi vida oculta, ya la sabemos ella, tú, y yo. Y el problema es que me pasa un poco, como a ti, que aunque me haya vuelto ateo..., un poquito sí que sigo creyendo en Él. Y en si, de verdad, me pedirá cuentas cuando me llame a capítulos".

Se hizo el silencio entre los dos y, como puestos de acuerdo, apuraron las copas del bourbon, en un último trago.

- "Que me perdonen los del DYC pero, éste, está mejor que el que me tomo en las partidas de mus, de antes de cenar", dijo Paco, mirando la copa vacía.

- "Entonces... ¿qué..., qué piensas hacer, Paco?", le preguntó Javier.

En esto, se oyeron unos golpes flojos en la puerta, y la voz de Nelson que preguntaba:

- "¿Da su licencia, Eminencia...?"

- "Sí, sí..., pasa, pasa..., Nelson", contestó el Obispo. Y el secretario, entró caminando en una posición medio inclinado hacia adelante, como en una reverencia sin acabar.

- "Y, Nelson, si quieres usar el tratamiento oficial, con que me digas Ilustrísima, me doy por muy bien tratado. ¿Qué querías?", preguntó el Obispo, tras aclararle lo del tratamiento adecuado.

- "Pues que ya son pasadas las 8 de la tarde y que si no me ordena alguna cosa más, que si me puedo marchar, ya", contestó Nelson.

- "Ah, sí, perdona Nelson, pero es que hablando con el padre Francisco, no me había dado cuenta de lo tarde que era. Sí, sí, vete con Dios, Nelson. Y gracias por todo: hasta mañana", le dijo Javier.

- "Ilustrísima..., Reverendo..., con Dios, y hasta mañana", se despidió de los dos, el secretario.

- "Es una joyita este Nelson. Y muy eficiente, sí. Y bien, Paco..., a lo nuestro... ¿que qué piensas hacer, con lo tuyo?", preguntó Javier.

- "Pues no sé. He meditado tus palabras y voy a tomar tu consejo, y el de San Ignacio de Loyola: "en tiempos de tribulación, no hacer mudanza". Así que, por lo menos, me voy a dar un tiempo largo, para meditar con calma y a ver qué pasa. Obispo, sabía que tenía que escucharte antes de

tomar una decisión así. Gracias", y al decir esto, Paco, le cogió la mano, y se la besó. Cuando ya se iba como despacio hacia la salida, se paró y le recordó a su Obispo: "Ilustrísima, faltan sólo dos semanas para el día 25, que es cuando celebramos en la parroquia la procesión de nuestro Santo Patrón, San Dimas y sería un gran honor que, este año, pudieras presidir la misma. La verdad es que suele acudir mucha gente tanto a verla como a participar en ella. Pienso que te gustará. ¿Qué me dices?", le dijo Paco.

- "Padre Francisco... allí estaré. Mañana se lo diré a Nelson para que acomode la fecha, en mi agenda. ¿Mejor?", y le sonrió afectuoso al preguntarle.

- "Mucho mejor, Obispo, mucho mejor. Te llamaré un día de éstos y te invitaré a comer, aunque sin estrellas Michelin, si te parece", dudó el cura.

- "Anda..., tira..., claro que me parece. Llámame cualquier día. Será un placer volver a charlar contigo, Padre Francisco". Se dieron un abrazo y se despidieron con un formal: "Con Dios...".

F I N